

EXPRESIONES RITUALES MURCIANAS DESDE EL CALENDARIO (DESDE ENERO A MARZO)

Saura Mira

Sin duda que nos interesa ir observando la repercusión que los llamados días fastos inferen en el actuar del hombre religioso, refiriéndolo a la cultura judeo-cristiana, como la más apta y de envergadura en la referencia al acontecimiento que de alguna forma se festeja. Ello aunque, por otro lado, se da en las diferentes esferas religiosas de índole oriental encumbreadas en sus textos sagrados, desde el Rig Veda al Popol Vuh, por indicar la más cercana a nosotros y la alejada, con versión de la de tipo japonés que incide en la temática abundante de los ancestros. Pero no obstante nos interesa refugiarnos en nuestras creencias; las que hemos acuñado en la niñez, las que nos han legado nuestros mayores y que resumen un enfoque y un hacer netamente cristiano, que alude a la vigencia del ritual católico y que se arrima a la versión sostenida en la creencia que nos aporta el Viejo y Nuevo Testamento, este último con su mensaje de la redención de Cristo que apunta una serie de elementos; tan necesarios, como que indican y exponen sucesos y creencias que se enmarcan en unos tiempos solemnes, básicos para el encuentro: la venida y la resurrección de Cristo.

Naturalmente seguimos la tesis de la sustitución de los festejos paganos por el



Estampa festiva. S. Mira.

nuevo exponente cristiano, algo que de otro lado amalgama una serie de actos ceremoniales de común expresión en diferentes culturas, pero que tienen su propio enfoque en una unción iconográfica cristiana, consolidada y documentada profusamente. Junto a estos festejos que tuvieron origen pagano, también se conjugan *creencias anexas y de carácter esotérico en ocasiones, tumbadas al socaire de ciertos perjuicios que se han ido consolidando, fruto de la superstición, entendida esta como algo que va ínsita en el legado de*

las culturas y que en su hondura provocan telas de araña que desvirtúan el sentido auténtico del ritual, pero que sirve de pompa y de anécdota.

Lo constatado vale para argüir la tesis de Newton en torno a la importancia de los festejos paganos, como la sustitución de los mismos por San Gregorio, Obispo de Neo-Cesárea, desde las fechas de la Navidad a las más apartadas de San Juan, pero que en todo supuesto coinciden con expresiones nacidas en el fondo del corazón humano que se unen a la relación íntima con el solsticio de invierno o de verano, algo que entra también en unión con la presencia lunar y las manifestaciones de la naturaleza, como los hombres primitivos y salvajes vienen acumulando, y cada vez se

destacan mejor, pese a la crueldad del progreso, que todo lo elimina para dar su versión de la inutilidad de los viejos valores trascendentales...

Con la evocación de San Gregorio y a su Sacramentario, cabe dar inicio al ritual de Enero con la festividad más antigua eclesial, significada en lo que se llama la Octava de la Natividad, de nuestro Señor Jesucristo, la Circuncisión del Niño nacido en Belén el 25 de *Diciembre*, momento en que se van alargando los días por la posición del sol (semejante al ceremonial egipcio), juntando a su vez la fiesta dedicada a la Madre, a la Virgen, pegada al Niño Nacido en el pesebre (alegoría de la más apasionada humildad). Dicha festividad mantiene muchas lecturas que dan paso al aserto *sustitutorio*, ya que en la antigüedad los paganos, en este día celebraban festejos plagados de relajación, y ferocidad, en honor del *dios Jano* y de la *diosa de las Estrenas*. Se daban lo que en los martirologios se denominan “costumbres gentilicias”, con una respuesta distinta a aquellos alocados actos en los que el humano celebraba la llegada del nuevo año, (muy semejante a lo que nosotros celebramos en la Nochevieja). Se juntaban para la celebración en su más fría y orgiástica presencia, sin el dato de la renovación que trae el Niño Dios con su nacimiento y con su envoltura desde la sencillez. Son muchas las alusiones que en diferentes homilias escritas en los siglos XVIII y XIX, se hacen, respecto a aquellas “extravagancias”, de aquellos hijos del diablo laborando para sus adentros, intuyendo la versión de los bajos olfatos y podridos holocaustos que gestan hediondas provocaciones. Son fantásticas las alusiones a aquellas “mascaradas de los mentecatos corriendo de calle en calle”, que nos evocan un tanto, los profusos y estrambóticos entierros de la sardina, vigentes en España; de seres disfrazados, ocultos sus rostros y dando pie a acciones delirantes. Algo que al celebre Faustino le atemorizaba y referencian

algunos más actuales, como el origen de nuestras fiestas carnavalescas, de tanta envergadura que asimila y retoma festejos de paganía, como expresión de viejas expresiones que acumulan aspectos del anhelo del hombre ante determinados acontecimientos; todo ello en relación con posiciones del sol y con su tratamiento naturalista desde la referencia de una cultura vegetativa. Esto ya lo hemos comentado en otras ocasiones como algo que sigue delatando su esencial contenido. Y es que comenzando el año nuevo se insertan en la esencia humana las extrañas y arcaicas costumbres que pusieron en vilo a los druidas, desde sus fantasmagorías y como auténticos pontífices, magos del hacer y de festejar secuencias de la naturaleza, ante determinados acontecimientos, como la presencia de Enero, del Año Nuevo desde su categoría y como aliento para el futuro, todo ello en relación con el muérdago que recogían de los troncos recios, arguyendo un ritual atávico, donde la presencia del caballo acumula gestos singulares y que posteriormente se ha catalogado como afincado en restos de un ancestral espacio, al que había que excluir del calendario religioso cristiano, desde la versión de las auténticas fiestas de la Navidad, Epifanía y Pasión de Cristo, según los originales concilios primitivos, de una comuna cristiana que iba manteniendo sus doctrinas.

La esencia queda ahí, lo demás es una nueva gestión de ortodoxia que cambian los ancestrales signos y gestos de una cultura que se a va a renovar y esto desde la nueva perspectiva evangélica, en unos siglos cercanos a Roma, donde van a imperar expresiones heréticas que va a ser atacadas por los primeros Padres eclesiales, retomando aquellas expresiones lúdicas para entonar el nuevo eje de la creencia, desde el santo que ha sido martirizado y puesto como patrón del pueblo de Dios.

La presencia en Enero de una serie de santos como San Fulgencio, San Antonio Abad, entre los de más envergadura,

marca este momento de liturgia y fervor en que Murcia sintoniza con su pasado, desde la profunda veneración al santo africano, hijo de Mariana y Claudio, que tuvo la dicha de saborear la pobreza, despreciando al mundo y sus vanidades y aún escribiendo un hermoso tratado sobre la “Encarnación”, poniendo enjundia en sus asertos de una correcta teología cristiana. Queda evocado por su ministerio y ejemplar forma de vida desde la santidad, muriendo el año 529, hermano de los insignes San Isidoro, Santa Florentina y San Leandro, que adornan la estirpe catedralicia obispal murciana, de una envergadura insondable. Sabemos que sus reliquias se trasladan a la ciudad murciana en 1593, junto con las de Santa Florentina, bajo el manto del Obispo Sancho Dávila, quién, en el año 1592 acomete la construcción del Seminario, para lo cual la ciu-

dad vivió unos fastos magníficos, se vistió de alegría y sus reliquias, encerradas en un arca, fueron entregadas por Felipe II a fray Diego de Arce, guardián que fuera del Monasterio de San Francisco. Murcia ofrecía, como significan sus cronistas, un aspecto magno con la presencia de arcos triunfales, desde la Puerta de Castilla al templo catedralicio, frente a la capilla que ocupaba las entrañas del monarca sabio y se colocaron en: “una primorosa arca de plata”, todo ello a expensas del prebendado D. José Marín y Lamas. Murcia vivió en este momento festivo todo un aliento de fervor por sus tradiciones, y sus calles y plazas, en especial la de Santa Catalina, alumbró con representación de autos y hasta hubo torneos y toros. En la festividad de San Antón, tan celebrado como entrañable padre de cenobitas, cuyo fallecimiento es en el año 356, correspondiente al 17 de Enero, se conjugan en nuestra ciudad serie de actos en la celeberrima ermita de su advocación, con una rica parafernalia de envoltura festiva, donde en su interior se dan cita los más antiguos fervores, como el de la Virgen de la Arrixaca, altiva y menuda pero plena de amores viejos y nuevos, quién fuera la patrona hasta el siglo XVII, pero insigne y con su gracia y garbo, junto a la imagen del santo de los seminaristas, patrona de Murcia y la de San Antón, obra del sin par Salzillo, que ostenta la gloria y la fecundia de su excelsa categoría. Momento de ternura para la consagración y bendición de los animales, como presencia de puestos con figuras del santo y con la venta a los murcianos de los celebres “rosquillos” que, si se llevan consigo son elementos de bonanza, o al menos de tal manera se entiende entre el pueblo. También concurre con este santo cenobita y amigo de los animales, la celebración de la llegada del año nuevo, mediante los célebres fuegos: lumbres que en algunos pueblos proclaman esta antañona versión, cuyo origen hay que verlo en el “fuego sacro”, que en el



Imagen de San Antón en la fachada de la Ermita. Murcia. S. Mira.

año 1089, hizo grandes estragos entre los habitantes de Viena, cuya curación de los habitantes se debe a la invocación al santo. De ahí la presencia del “fuego de San Antón”, o lumbres que en la estación hiemal rondan por los contornos, aldeas y pueblos en señal de algo mágico que mantiene cierto flujo de tiempos pasados envueltos en supersticiones que se han ido sacralizando en el calendario cristiano.

Murcia marca su estilo en cada uno de estos festejos que confirman la presencia de los barrios, recreando con gran estima unos signos que van unidos a creencias arcaicas y que forman parte de su manera de ser y sentir, algo que de otro lado se inscribe en la categoría de pasión por sus patronos y la parafernalia que ello trae de suyo. Cada barrio adquiere la solemne recreación y aún la gama colorista de la presencia de gente que, con el corazón abierto y generoso, acude a su ámbito y formula su ademán al santo patrono. Enero, de otro lado es vario y ajustado a una serie de fervores que el santoral formula, presentando fiestas que se unen a la estima del “Sacramentario” gregoriano, con los nombres de santa Prisca, y los mártires Mario y Marta, sacrificados en época de Claudio, de San Sebastián digno hijo de los mayores mártires que sembraron con su sangre, la buena semilla, en época de Diocleciano, o de Santa Inés y San Vicente, mártires que nos evocan las grandes persecuciones del siglo IV d.c., bajo la tonalidad de un Diocleciano, Máximo o Daciano, adalides de la sed de la sangre de los inocentes, fecundadores del odio y satanes de la intolerancia. Quedan los nombres de un San Raimundo de Peñafort, San Ildefonso, arzobispo de Toledo, de la Orden benedictina, en el Monasterio de San Cosme y San Damián, fervoroso defensor de la virginidad de la Virgen, depauperada en su siglo, cuyas reliquias se guardan en Zamora.

Se constatan una serie de fervores cristianos, en relación con el martirologio,

Sacramental gregoriano, que acoge a los nuevos mártires, como versión de un talante visceral que engrosa la serie de emperadores romanos, en un momento de grandes persecuciones durante el siglo IV de C. Se va a imprimir nuevo orden al escenario de los patronazgos y santos amparadores del lugar, ciudad o paraje donde el fervor de sus gentes anima todo un ámbito de zona espiritual específica. Algo que traslada a la versión cristiana los viejos momentos festivos plenos de pagania o gentilidad, con una actividad vertida en la salacidad y en la orgía, donde lo inhumano formulaba su pose y finalmente se porfiaba al sacrificio del hombre. *De tal carácter eran los festejos romanos en honor de los dioses del Olimpo, con la parafernalia del horrendo esquema sacrificial que nos recuerda el dramático latido de lo inquisicional, en el medievo.* Las fiestas de Enero se inflamaban por una batallola animada por la brutalidad y el estallido carnavalesco; por el reinado ampuloso y tétrico del llamado “rey” o personaje que, pese a su presencia honrosa durante los días indicados, finalmente se hace la víctima propiciatoria, cual acaece en los festejos dedicados al dios Saturno, de tanta resonancia y evocación en nuestros carnavales, que se inician en el mes de Febrero, con su presencia de pagania. Los primeros santos enmarcados en el santoral inicial, son la respuesta humana a aquellos días o fastos telúricos y sangrientos, aunque después de todo, se vienen alimentando los festejos posteriores con ciertos rasgos que procrea la gentilidad, amparada en los festejos de nuestros antepasados ...

Para Covarrubias, Febrero proviene de “Febracio”, como lustró que era el postrero del año, momento en el que el romano celebraba los festejos de las “februas” durante doce días, con actos rituales como hacer luminarias en sus cementerios con los sacrificios oportunos; lo que nos lleva a la presencia del sacrificio como solicitud



La Candelaria y San Blas. Fiestas de Santa Eulalia. S. Mira.

al Creador de la presencia de buenos días; los días fastos de los que nos habla Ovidio y que tanto significado poseen en nuestras celebraciones. Febrero como iniciando al nuevo año, alude, en nuestro santoral, a los fervores que animan las referencias a San Blas y la Candelaria, de tanta energía en nuestros tiempos lúdicos sacrales, como viejas referencias de las alusiones antiguas que el Cristianismo resuelve con sus aportes del nuevo matiz festivo, pero en todo caso lleva consigo la presencia de la tradición, a la que alude el mismo San Agustín, por lo que no podemos sacar de quicio las cosas en este punto. Los libros de martirologios nos envuelven en cierto tremendismo, al enjuiciar las vidas de nuestros más importantes santos, como San Blas, sometido a terribles tormentos en el siglo IV d.C., Un sacrificio horrendo

que salpica y enfoca la dimensión de su personalidad, como relato que conlleva toda una expresión que se acoge en Europa, que se enreda en el fervor murciano desde el barrio de Santa Eulalia, como punto neurálgico de toda una apoteosis de fantasmagoría ritual, con anuencia de los santos: San Blas, obispo y la Candelaria, refrendando viejos y ancestrales alusiones a Plutón, con elevación de plegarias y luminarias de candelas entre los cristianos, refrendando bonanzas en zonas corporales. También se trata de ello en la versión de fiestas relacionadas con la antigua Grecia, en sus evocaciones de los misterios de Eleusis, desde la visión de sus festejos menores que tenían lugar en Febrero, en Agrae, urbe cercana a Atenas, sobre prácticas de iniciados, dirigidos por una sacerdotisa, donde prevalece la semblanza de Proserpina, "la hierofántida de pelo blanco" (A.Castiglioni), coronada de narcisos y cantando su celeberrimo himno, como ceremonia que conmemoraba el rapto de la diosa por Plutón, y donde el sentido de la subterrneidad, de la meditación y las oraciones, penden en aquellos instantes de completa apoteosis iniciática. Estamos en un tiempo que va agotando el invierno; esa zona oscura y larga, donde habitan las sombras y se oculta el astro sol, como rey de vida, luz y sensualidad. Se va llegando al tiempo de la vida, donde Persefone, de nuevo es entregada por Plutón a la realidad, se hace carne y vigorizante seña de vida, como renacimiento que el humano ha injertado en sus costumbres. Por tanto hay que atisbar en este encaje festivo de Febrero todo un conjunto de elementos que se centran en devociones semejantes, con la presencia de las candelas o velas, cirios que se llevan para paliar enfermedades, como la estampa del santo que se pone *en un sitio determinado, o el escapulario en la garganta del niño, etc*, aspectos que observamos en nuestras celebraciones murcianas y regionales

(romería de la santa de Alhama... y otros sitios de pedanías), que nos aportan relatos de viejas culturas y en ello estamos pensando en Egipto, donde en “el libro de las fórmulas mágicas para la madre y el niño”, nos aportan datos en tal criterio, como la búsqueda de remedios a las enfermedades de los niños, algo que las madres de todas las culturas han tenido en cuenta utilizando los amuletos o talismanes, que ya se fundamentan en las más pristinas culturas, sobre las que asentamos nuestras tradiciones y fundamentamos las otras esencias que el Cristianismo, con su mueca humanizadora, retoma en un aporte de fervores añadidos y que perfeccionan acaso aquellas, más hundidas en elementos sacrificiales, pero que brotan como muestras de exaltación de lo primaveral y utilización de elementos diversos, como lo hacían en Babilonia, a base de figurillas de arcilla que se ponían en zonas de los infantes para espantar a los demonios que ocasionaban la enfermedad: talismanes y reliquias que componen toda una comparsa de fervores viejos y nuevos, que quedan enraizados en la esencia del ser humano, cuya debilidad hace que apoye su consuelo en estos vestigios, en estas marcas y oraciones como fundamento de vida, tratando en todo tiempo de atender la costumbre y utilizar los días señalados en el calendario, para retomar la garra de sus “santas devociones”. Todo un curso de rituales que tienen mucho que ver con pasados efectos de hechicería y supersticiones acusadas, que tan solo la ciencia es capaz de remozar con sus ideas y convicciones. Pero a nosotros nos interesa reconsiderar estos atavíos: muestrarios de un hacer de nuestros antepasados que son capaces de aferrarse a sus santos, ante sus miedos, de formular oraciones o conjuros ante eventos naturales y responden a las ancestrales expresiones que nos indican que en el tiempo vigente aún actúa como hace millones de años. En

realidad la magia, como antesala de la religión, profiere sus pautas y se puede decir que estamos insertos en su ámbito de alguna u otra forma.

LA FESTIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA DE LA PAZ. Con referencia a la festividad en Alcantarilla

De singular atractivo es esta festividad que el 24 de Enero insinúa su énfasis como manera de celebración eclesial de la “descensión de la Virgen Santísima”, como fiesta dedicada a la entrega de la casilla de la Virgen, que tiene su gran celebración en Toledo y que evoca el agradecimiento de la Madre a su amado hijo San Ildefonso, quién mantiene y muestra un enorme amor hacia Ella, como víspera de la festividad de la “Expectación” que por decreto del Concilio Toledano X, se ordena su celebración en España, cuya simbología se aprecia en la entrega de la Virgen al santo, de una casulla que se tiene como reliquia y se custodia en Capilla de Toledo, de tal guisa, hasta la presencia del árabe que hace que aquella pase a Oviedo para su mejor amparo. En torno a ello se celebra la festividad de la Paz en conmemoración de la conquista del monarca Alfonso VI de Toledo en 1086, en plena referencia de una España movida por la conquista y reconquista y donde la presencia de la fe de los monarcas impone su signo y apertura de fervores. Es el caso que ante tal acontecimiento en el siglo once, el monarca acordó con su esposa, que la mezquita fuese el templo principal de la urbe castellana, pero que por razón de ausencia de Alfonso, los cristianos tomaron, por fuerza la iglesia catedral, algo que pone en razón de furia al monarca al sentirse engañado por su esposa Costanza y el Arzobispo toledano, tornando de inmediato, para pedir responsabilidades. Ante ello los ciudadanos salen en procesión para mitigar y solicitar la paz a su monarca, algo que le hizo recapacitar a Alfonso y observar en ello el latir de la Providencia, otorgando de

esta forma la paz, cuya consecuencia es el origen de este festejo que cubre de ermitas dedicadas a la Virgen de la Paz, nuestro territorio, entre ellos Alcantarilla, conservándose desde el siglo XVIII ermita, en el lugarejo cercano a la villa, próximo a la Buxnegra de signo arabesco, cuya toponimia asegura una necrópolis árabe, en el llamado “lugar de Rocamora”, muy estudiado por arqueólogos y eruditos, pues de este sitio da cuenta nuestro Cáscales. La ermita de la Paz, desvincijada y reconstruida, asimila este festejo con unción y cierto desparpajo folclórico, con el pinto-resquismo de la procesión de la Virgen y la gracia de los puestos que se ponen en su derredor: cita adecuada para sus fervorosos hijos que siguen con esta hermosa costumbre de aproximación a la Virgen de la Paz, enarbolando sus más añejos afanes de religiosidad que cada Enero se renueva en la villa.

Enero comienza a resbalar por el calendario con sus cuitas y fervores que recogen anhelos ancestrales y perfilan auténticos cortejos procesionales que son la respuesta de la gente del lugar, como una presencia ingente de corazones cálidos y que se dan cita en sus fechas milenarias, pero renovadoras y con el nuevo aire del cristianismo, que en boca de un Crisóstomo, o de un San Iréneo, inflaman de ardor los sentimientos más prístinos de sus seguidores, recalcando la necesidad de poner en curso el sentido del amor y del remordimiento, dar razón a las penitencias que se van a insuflar de recios enamoramientos al Cristo azotado y maltratado; todo ello frente al hereje que va a ser un apóstata, algo que no cuadra en el pensamiento de estos santos que se van a proclamar patronos de la cristiandad y donde los nombres de San Babilas, Cirilo, Julián, Santa Radegundis o San Francisco de Sales, conforman todo un auténtico aparato de fundamentación eclesial de envergadura. La razón de sus escritos, homilias y tratados sobre herejía, amor al prójimo,

etc, asombran por el tratamiento apasionado de sus autores, muy digno de tenerse en cuenta en este momento.

MOMENTO FESTIVO DE LA CANDELARIA

De intensa concepción religioso-popular es la fiesta dedicada al ritual de la Purificación de la Virgen en la fecha del 29 de este mes, como forma señalada de la presentación del Niño Dios en el templo, pasados los días adecuados, que conlleva en el ritual cristiano, la presencia de un corderillo y un pichón o tórtola, como manera de expiación de los pecados, limpiar la impureza legal, a cuya tesis se amolda la Virgen, en la fragancia de su magistral sumisión. La festividad se denomina a su vez “encuentro”, o “Hipapante”, por el encuentro, en el interior del recinto sagrado, de Simeón y Ana, la profetisa.

La fiesta data del año 542, según algún autor, época de Justiniano, y se hace en sustitución de las añosas y lascivas fiestas dedicadas a *Luperco* o *Lupercalias*, donde los romanos se entregaban a sus mayores instintos. En estos festejos gentiles se da razón pagana al fuego, como fórmula de contaminación que se ajusta al latido de una heterodoxia sumida en un mundo distante del auténtico amor y del perfil cristiano. El fuego como llama que se desparra y consume, se disloca y sirve de escenario al reventón de los flujos carnales, es aquí el tono distante y morboso, apabullante y estrafalario, como marca del signo que va a consumir a los malos espíritus y a quienes lo poseen.

Por este sentido el papa Gelasio viene a sustituir esta fiesta pagana, enraizada en las costumbres de los romanos, por la de las “candelas”, que señalan lo diametralmente opuesto, es decir, da significado a la tesis cristiana de la luz renacida en la presencia de Cristo, del Dios Niño que es presentado en el templo y visto por el anciano Simeón y Ana, la profetisa, con lo que queda zanjada la vieja expresión festera de aquellos romanos que hacían del fuego

el elemento aglutinante de un ensamblaje orgiástico, desde su enfoque de ocasión fecundada en el desquiciamiento de los sentidos. Es la compensación a los latidos obsoletos de una paganía que se iba deteriorando ante la nueva versión ética, con la que los santos juegan un papel importante y ello desde las tesis de los martirologios, hagiografías y homilias que los padres eclesiales infunden y pregonan con la exclamación de los nuevos y humanitarios valores.

Febrero es el mes que sigue al inicial de las clásicas “entrenas”, con sus marcas de salacidad y de una parafernalia inundada por una trepidación de factores que desembocan en una locuacidad sin límite. Todo este mundo enraizado en lo pagano, gentilismo, como dirían los cristianos, viene a ser el precedente de todo ese momento del carnaval que va a contribuir, incluso, a la versión del tiempo implicado en el gran “memento hominis”, como ilustración de un espacio donde el humano se identifica consigo mismo, con su relieve de trascendencia. Aun Febrero abre su rango de ámbito amoroso, recreando la ocasión del patronazgo en el clásico 14 de dicho mes, que llegó a informar todo un rango de secuela costumbrista basada en los valentines, sobre argumentos de escritura de cartas amorosas y en la comida de huevos con cáscaras, etc. Febrero nos alude a la diosa Februata Juno, con lo que conlleva a la persuasión de lances amorosos y lascivos, sustituido por el cristianismo en el patrono San Valentín, obispo en el año 271 d.C. La sangre del mártir compensa con fragancia mística el espasmo orgiástico de su versión anterior. Ello da lugar a la tradición de la peregrinación a la Vía romana, en época de Claudio y el trayecto de los corazones ardientes al santo, en Umbría, con referencia a lo procesional, de atractivo sentido. De aquí también la costumbre de enviar cartas los futuros novios, el “último día de San Valentín”. La noche anterior estaba sumida en mágica secuencia en

torno a la recogida de hojas de laurel o del hervir huevos y comerlos con cáscara. También creció la costumbre de escribir los nombres de los amores en papel, que se envolvían con arcilla y se arrojaban al agua, el primero que subía a la superficie constataba la presencia del Valentín. Sin duda que con el paso del tiempo y la presencia consumista de la sociedad, estas cosas se han perdido, aunque se mantiene la ocasión para elocuentes citas de los amantes y de los enamorados que suelen regalarse cosas y escribirse cartas, aunque con menor intensidad.

Se abren nuevos surcos en el avance de estos días como preparativos para el tiempo de penitencia. Ese espacio dedicado al ... “ tiempo de Dios santo...”, de nuestro Arcipreste de Hita, que retoma la fisura de la literatura goliardesca, sedimentada en un talante del loco amor, que se ilustra en el famoso encaje de la lucha de D. Carnal con Doña Cuaresma de “flaca compleción”, donde abunda toda una gastronomía de atizada mugre de pescados con espléndidos reclamos de lo carnal. Presencia de animosos encuentros sempiternos entre lo macro y la reventona persuasión del comilón asentado en sus patrañas de eructos malolientes, a lo Rabelais. Pero en todo supuesto cabe la antítesis que se enlaza con este tiempo que nos va a reconducir al gran “Memento Hominis”, con rocío de ceniza que clama su propia dimensión y verdad honda en el ser humano.

Toda esta simbología recarga sus aditamentos en las expresiones más ancestrales del hombre, del primitivo salvaje con su enigma y voz, como en el cristianismo que recrea todo ese mundo de las Carnestolendas, de tanta estirpe en la literatura castellana y picaresca, como zum-bido de prosapia animada por el rito del amor loco y profano. Se da siempre una enérgica dialéctica entre lo religioso y, lo profano, que camina en los elementos festivos y de las esencialidades humanas,

como si se recordara siempre lo de Berceo en la lucha entre Dios y el Diablo “tan sutil reboltor...”. La presencia en el mundo del diablo, Satán sutil y embaucador; asume toda esta gesta de ritos y espectáculos dedicados al fuego proveedor. Una tensa expresión en el hacer del humano que se eleva o cae en la “tentación” suministrada a propósito, aunque en el pícaro se pone una vela a Dios y otra al enemigo, como mejor forma de rastrear el mundo y a veces no llegar a buen fin.

Hay todo un encaje y versión de trascendencia que se acompañan a estos meses, una vez que el santoral derrama su gesta en indefinidos santos de sabias hagiografías con los rostros de soldados romanos convertidos al cristianismo en época de Valeriano, con los nombres de Emeterio y Caledonio, Marino y Asterio, sin deslucir la clásica Novena de San Francisco Javier, apóstol de las Indias, con todo el estallido de su biografía y empaque, a partir de su martirio en 1630. Muestra de toda una semilla de mártires que siembra nuevos y nuevos ejemplares para el santoral cristiano. En todo caso Marzo asume su rigor desde sus mismas devociones que se hacen ejemplares en muchas ciudades y que en Murcia resume su franca lealtad a sus Cristos, como referencia a la gran Semana de Pasión...

Se puede llamar fervor, a veces tradición depurada, o encajada en ciertas prácticas que no suelen usarse en cierta expresión de beatería, en los momentos que *se atan a costumbres como el “Besapiés” al Cristo de Medinacelli*, de gran devoción y que tiene su sede en el templo de San Juan con enraizada cita y a la que acude una ingente masa de murcianos, de gente venida de sus comarcas y que en la famosa “cola” inundan realmente este espacio del barrio murciano, poniendo color y fe, que de verdad nos emociona, dándonos pie a su comentario, que puede evocar otras formas de enrollarse en este tipo de piedad compartida a otros niveles, de las religio-



El Besapiés al Cristo del Rescate. S. Mira.

nes, pero que asombran realmente. Son las imágenes de nuestros Cristos o de nuestras Dolorosas o Piedades, las que se enreda en éste contenido de liturgia y creencia y donde el rostro de estas gentes urbanas, sencillas y mágicas, nos imponen por su talante de paciencia y de comportamiento, desde el silencio y recogimiento hasta llegar a los pies de su amado Cristo, al que le saludan y besan, como si con ello recibieran el mayor alimento espiritual, colmándoles los esfuerzos y dándoles nuevas energías para seguir en este calvario de la vida.

Ya ha terminado el brioso y “chillón” (D. Cassou) color de las máscaras y se camina con otros vestidos más hueros, se avanza con la otra dimensión de la espiritualidad, porque como dice Cristo: “mi reino no es de este mundo”, su reinado llegará en el espacio donde habita el Padre,

el Verbo como eclosión de una Trinidad, desde el único Dios verdadero.

Comienza en este templo dieciochesco y rotundo, en estas callejuelas donde el Arco de San Juan pone su recia arquitectura, todo el inicio del nuevo tiempo que es también anuncio de la Primavera.

Murcia retiene desde este conjunto de arquitectura y enjundia, una radical fórmula de eventos que se hacen pregones por sí mismos de su cadencia. La Murcia del barroco, la ciudad dieciochesca con sus templos y casucones que la enmarcan; nos hacen sentirnos hijos de esta tierra cuajada de hervores entrañables que, no obstante, se vienen perdiendo por la sin razón y la locura.

Se hilvana desde este momento la ternura de una fidelidad a nuestras cosas, tradiciones, querer y encuentros. Ya el mes de Marzo nos hace soñar con la nueva luz en su diversidad de sentido. Nos lleva a la nostalgia y hace que trascendamos desde el misterio, hundiéndonos por los escorzos de aquella urbe que nos enamoró, en la que nacimos y donde nuestros padres trabajaron, dieron su mejor factura aunque en ocasiones la vieja Matrona no se ajusta a la auténtica justicia, abandonando al hijo propio y amamantando al ajeno. ¡Cosas de nuestra tierra!

La presencia de este “tiempo de Dios”, vuelco del corazón agitado en el frenesí de una fe adquirida, concitada con la anuencia de otras creencias que nos vienen de antaño; nos sume en una dedicación y en un aporte de nuevas sensaciones que se nutren de experiencias y añoranzas. Aquí no vale conjugar el pasado con el presente, retener la voz del recuerdo para dejar constancia de lo que fue la ciudad que, con sus formatos posteriores, ha combinado el descaro con el progreso; pero esto es para olvidar porque nosotros sentimos la ciudad desde los momentos de la niñez y concebimos una estética urbana desde la santidad y belleza de sus viejas procesiones, combinadas con el aparato fantasmagóri-

co de sus Fiestas de Primavera, a la hechura de su añoso Bando huertano y Entierro de la Sardina que fueron con el tiempo, combinando tiempos diversos y aleteando como mariposas sin rumbo...

La Murcia de las viejas Semanas Santas eran otra cosa. Se ayuntan en la memoria de quienes la hemos vivido paso a paso, desde su entraña. Amar a Murcia es haberla conocido y sentido desde el corazón y la mente, desde los dedos de la mano y en la retina. Fui amigo de aquellos personajes que sentíamos la ciudad en su plasticidad arquitectónica; en unos años de postguerra caminando cerca de la Universidad, por el contorno de los Hermanos Maristas, camino del Malecón, con sus huertos, donde el espíritu sufi insuflaba su versión adusta y tierna y aun se nos hacían lucir los versos del poeta oriholano, sin desechar las estrofas amalgamadas en la órbita árabe del Arco y la Paloma. Caminos y paseos por estos huertos de lechugas y flora encajada en la reliquia de los soles de mediodías, oliendo a río nuevo y romano, presintiendo la algarazara de los álamos del río brillantes como estrellas blancas.

La verdad es que retomar el hilo de la vieja Murcia partiendo de las sensaciones sobre la Semana de Pasión y de Primavera, es asomarnos a unos años de la ciudad henchida de barroquismo, de secuencias intensas en el folclore de esta tierra cálida y robusta, sensual y sublime, donde se aúna el corazón de la belleza y la rotunda pose del estante como estampa típica del viejo nazareno murciano, al que se refiere Martínez Tornel, Carlos Valcarcel y Díaz Cassou, al que le envuelve su figura de diestro huertano la semblanza de sus atavíos sacados de la misma tierra que lo vio nacer; tan recalcitrante y pintoresco como nos los refieren nuestros pintores costumbristas, desde Inocencio Vera a otros en sus lienzos soberbios de los años cincuenta del pasado siglo. Mucho hay que hablar sobre el nazareno murcia-



Desfiles pasionales murcianos. S. Mira.

no, tanto, que se escribe con la plegaria de sus días de la Pasión murciana que se abre en los quicios de la Primavera cuando todo adelanta su fluir de voluptuosidad pegada a la carnosidad de sus damas, de sus reinas festivas que nos provocan energías magníficas, con sus mismos atuendos, tan barrocos como el imafrente catedralicio. Murcia se unta con el perfil de sus zagalas de la huerta, con el timbre de honor de las túnicas de sus nazarenos estantes que se amoldan a sus pasos, se recogen en el cubículo de su sumiso espacio penitencial y llevan, portan el paso de sus pecados, por la ruta mágica de la ciudad, desde el viernes pasional al Domingo de Resurrección. Ahí quedan los “llevadores de los pasos”, como nos indica Cassou, Ahí están los costaleros con sus hombros plenos de las heridas del peso que recae sobre cada uno de ellos, de estos tradicionales nazarenos que siguen en su trece de

aguantar, bajo su corazón, la honda pesadilla de su penitencia. La otra cosa es el puntual relator de cada uno de los “pasos” que llevan diestramente, bajo la fiel dirección del Cabo de andas, pero ahí están, soportando y dejando su huella sudorosa de su templanza y penitencia. Cada encuadre de nuestra Semana Santa significa un tanto de fragmentación que se cose a los infinitos ángulos de la procesión; desde sus variadas Hermandades y Cofradías tan estudiadas y puesta en la palestra por eruditos y especialistas. Pero existe algo que se queda pegado a la mirada del esteta y nutre su diapason de soberbios encajes, cuando se sabe mirar y dominar el desfile en los requiebros de la urbe, desde posiciones mágicas y recreativas, como focos magníficos y para encontrarse con el alma, con ese “espíritu nazareno” que late, se intuye y se coloca ante nosotros como un brindis a la purificación y exaltación de lo que es nuestro, de lo que el cincel de nuestros tallistas nos han aportado a la cultura y se esparce por la calle, se hunde en nuestros templos estudiados y lúcidos; se agigantan en la fe de nuestras mujeres y hombres, en los cofrades y portaestandartes, en los cientos de miradas de la gente que acude a la calle para mirar y elevar plegarias, cantar saetas y santificarse con sus penitencias, tan viejas como aquellos encenizados que desde la ciudad, en sus focos esenciales, se ensuciaban sus carnes para alumbrarse con el lustre del sacrificio., ello durante los siglos XVI y XVII.

BIBLIOGRAFÍA

- J. CAMPBELL. *Las máscaras de Dios* (Mitología oriental).
- T. S. KNOWLSON. *Superstición y costumbres populares*.
- P. JUAN CROISSET. *Año cristiano*. (6 tomos, 1879).
- CASCALES. *Discursos históricos*.
- J. G. FRAZER. *La rama dorada*.
- COVARRUBIAS. *Tesoro de la Lengua Castellana*.
- FRUTOS BAEZA. *Bosquejo histórico de Murcia y su concejo*.
- DÍAZ CASSOU. *Pasionaria murciana*.
- SAURA MIRA. *Vivencias murcianas*. (Inédita).